

Ponencia VII Encuentro Diocesano de la Familia

Un año más nos encontramos aquí, en nuestro querido Seminario, convocados por nuestro Obispo, para celebrar otro Encuentro Diocesano de Familia.

Gracias a todos los presentes por vuestra asistencia y participación y nuestro recuerdo más cariñoso para aquellos que no nos pueden acompañar por cualquier impedimento o enfermedad. A todos os sentimos muy cerca y unidos en el espíritu.

Pero, sobre todo, doy las gracias a don a don José por sus palabras y por esa confianza que ha depositado en mí al encomendarme esta ponencia en este día tan señalado en el Calendario de nuestra Pastoral Familiar.

No es fácil hablar en esta cátedra donde me han precedido las voces más autorizadas en el magisterio de la Familia y de la Vida.

Es por ello que esta ponencia la realizo a partir de unas catequesis previas elaboradas por el Consejo Pontificio para la Familia y a partir del Libro de Familia que esta misma Delegación ha editado a principios del presente curso.

Pero para tan comprometida tarea, aparte de los documentos citados, la inspiración tenía que buscarla donde únicamente podía encontrarla: en la Palabra de Dios, porque.....

“Como del cielo descienden la lluvia y la nieve, y no vuelven allá sin regar y fecundar la tierra, así la Palabra de Dios no vuelve vacía” (Cf. Isaías 55:10–11).

La Palabra de Dios leída, meditada, orada, contemplada y llevada a la vida ha de transformar nuestras vidas si la escuchamos y la acogemos en el corazón.

La Palabra de Dios nunca es una palabra superflua, sino una palabra que, por el amor que nos tiene, Dios se dirige a nosotros, Dios se da a conocer en el diálogo que aspira tener con nosotros.

FAMILIA, TRABAJO y FIESTA. Este es el título de esta ponencia que coincide es el lema del VII Encuentro Mundial de las Familias y el lema de este Encuentro Diocesano de Familia

Por un momento vamos a recrearnos en el secreto de Nazaret.

La familia es lugar de descanso y de impulso, de llegada y de partida, de paz y de sueño, de ternura y de responsabilidad.

En una aldea de Galilea, Jesús vive el período más largo de su vida. Jesús se hace hombre.....

Se hace uno de nosotros, entra en la familia humana, vive treinta años de absoluto silencio que se convierten en revelación del misterio del humilde hogar de Nazaret.

Nazaret *es el lugar para crecer en sabiduría y gracia* en el contexto de una familia que acoge y engendra.

El misterio de Nazaret nos dice de modo sencillo que Jesús, *la Palabra que viene de lo alto*, el Hijo del Padre, se hace niño, asume nuestra humanidad, crece en una familia, vive la experiencia de la religiosidad y de la ley, de la vida cotidiana marcada por los días de trabajo y por el descanso del sábado.

El misterio de Nazaret es el conjunto de todos estos vínculos:

La familia y la religiosidad, nuestras raíces, nuestra gente.....

La aventura de la vida humana parte de lo que hemos recibido: la vida, la casa, el afecto, la fe.....

Nuestra humanidad se forja en la familia, porque, queridos amigos, la familia engendra la vida.

Y Dios creó al hombre a su imagen,
lo creó a imagen de Dios,
los creó varón y mujer.

La idéntica dignidad del hombre y de la mujer no admite jerarquías y, al mismo tiempo, no excluye la diferencia.

La diferencia permite al hombre y a la mujer estrechar una alianza y la alianza los hace fuertes.

El hombre y la mujer que se aman en el deseo y en la ternura de los cuerpos, así como en la profundidad del diálogo, se convierten en aliados que *se reconocen el uno gracias al otro*, mantienen la Palabra dada y son fieles al pacto.

El amor de pareja, hecho de atracción, compañía, diálogo, amistad..... tiene su origen en el amor de Dios, que desde el principio pensó en el hombre y en la mujer como criaturas que se amaran con su mismo amor.

El Talmud hebreo es un libro donde se recopilan los dichos y sentencias de los antiguos rabinos.

Pues en ese libro está escrito: “¡Cuídate mucho de hacer llorar a una mujer, pues Dios cuenta sus lágrimas!

La mujer salió de la costilla del hombre.

No de los pies para ser pisoteada, ni de la cabeza para ser superior, sino del lado para ser igual.....debajo del brazo para ser protegida y al lado del corazón para ser amada”

Quiere decir que de ninguna manera se puede establecer una relación de dominio en el matrimonio.

El hombre y la mujer son distintos, pero complementarios y la relación de pareja debe estar basada en la igualdad y en el amor.

La relación de pareja debe estar basada en la identificación plena de uno en el otro. Ya no somos tú y yo. Ahora somos nosotros.

El Talmud hebreo se hace eco de las palabras de la «amada» del Cantar de los Cantares:

«Ponme como sello en tu corazón...»

En estas palabras se expresa la unión profunda e intensa a la que aspira y a la que está destinado el amor de un hombre y de una mujer.

La familia es verdaderamente *Santuario de la Vida* y es *Iglesia doméstica*.

La familia está llamada a anunciar, celebrar y servir al *evangelio de la vida*.

Pero la familia tiene que vivir la prueba, el sufrimiento, el dolor.....

El Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:
«Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto.
El se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: *de Egipto llamé a mi hijo*.

Antes o después, de una manera o de otra, *la vida de familia se ve sometida a más de una prueba*.

El pasaje evangélico describe con tonos dramáticos el viaje de una familia.

El Niño está en peligro; y aunque sea de noche hay que emprender, enseguida, la huída a una tierra lejana y desconocida.

Así la familia se ve obligada a encaminarse por un camino imprevisto, complicado, inquietante.

Es lo que sucede también hoy a muchas familias, obligadas a dejar sus casas para poder ofrecer a sus hijos un contexto de vida mejor y para tratar de evitarles los peligros del mundo que los rodea.

Toma contigo al niño y a su madre. José obedece, toma al niño y a su madre y los aleja de la situación de peligro.

También hoy, la familia se enfrenta al sufrimiento, a la prueba, a los abusos de los prepotentes.

La escena nos habla de dificultades y de persecuciones a la familia.

Esta dramática escena evangélica ilumina la hora presente marcada por signos que atentan contra la familia que quiere vivir según el plan de Dios.

Los que creemos en la familia tenemos que estar dispuestos a “coger al niño y a su madre” para salvarlos y para salvarnos.

La hora actual, tan cercana en tantos detalles a aquella hora de la huída a Egipto, tan cercana a aquella hora de dolor y de destierro de la Familia de Nazaret, no nos tiene que desanimar.

¡Al contrario!

Nos tiene que llevar a cogernos todos de la mano: padres e hijos, pastores y laicos para salvarnos juntos y salvar a la familia.

La Iglesia..... nosotros, tenemos que elevar la voz, tenemos que gritar:

¡Salvemos la familia!

Hay que salvar la familia de todos los virus que la destruyen: separación, ruptura, egoísmo.....

Hay que salvar la familia, promoviendo el sentido de familia, valorando la riqueza humana y espiritual de la familia.

Hay que salvar la familia, formando a los jóvenes en el amor, en la entrega, en la donación.

Que nadie se excluya. Todos y cada uno de nosotros tenemos un papel importante en esta gran tarea de salvar la familia.

Gracias a Dios todavía nos seguimos agarrando a la familia porque mientras nos quede la familia nos queda esperanza.

Hay que luchar por la familia, porque trabajar y luchar por la familia significa salvar la esperanza.

La familia es por definición y por naturaleza amor, comunión de intereses, de proyectos y de ilusiones.

El ser humano, creado a semejanza de Dios que es amor y comunión plena y perfecta, encuentra en la familia la tierra propicia para crecer en la dimensión del amor.

Este es un buen momento para que quienes creemos en la familia hagamos un frente común para que todos juntos superemos los ataques que se hacen a la institución familiar.

La fuerza la tenemos en la Palabra de Dios: ***“Coge al niño y a su madre y vuelve a tu casa”***

Este es el significado final del viaje a Egipto: la búsqueda de un lugar seguro más allá de la noche.

Ya lo he dicho antes, a esta tarea estamos llamados todos, pero el Evangelio en este momento subraya y destaca el papel protagonista del padre.

El padre es quien se despierta y toma la iniciativa. A él se le encomiendan el hijo y la madre y él sabe que tiene que llevarlos a un lugar seguro.

La familia y dentro de la familia la figura del padre.

El padre encuentra su identidad cuando custodia a la madre, cuando cuida y protege a los hijos de los peligros del mundo.

El papel del padre es decisivo *para proteger, custodiar, alentar a los hijos*.

Se refugió en Egipto.

Egipto, en su tiempo, fue sinónimo de esclavitud y sufrimiento.

Ahora es lugar que protege la vida de quien tuvo que huir de la tierra que lo vio nacer.

El ángel pide a José que ponga a salvo al niño precisamente allí, casi como para decir que, reconsiderado y habitado con esperanza y confianza, *incluso un lugar de muerte puede convertirse en una cuna para la vida*.

La fe en Dios es capaz de hacer nuevas todas las cosas.

José parte «de noche». De noche no se ve nada, somos como ciegos; pero se puede escuchar y oír la voz que sostiene y alienta.

Son numerosas las «noches» que caen sobre la vida de la familia:

- Las noches pobladas de sueños, buenos y malos.
- Las noches que ven a la pareja ir a tientas en la oscuridad de una relación que se ha hecho imposible.
- Las noches de los hijos en crisis, que adoptan una actitud distante y rebelde que nunca entenderemos.

Todas estas noches –enseña el relato de la huida a Egipto – se pueden atravesar llevando al hijo a un lugar seguro.

Qué grande la familia de la carne y de la sangre, pero mucho más grande es la gran familia de los hijos de Dios de la que todos formamos parte.

Y en esta gran familia a la que pertenecemos, todos tenemos el deber de cuidarnos y protegernos y ayudarnos y sostener a la familia en sus dificultades.

Se requiere un compromiso pastoral todavía más generoso, inteligente y prudente, según el ejemplo del Buen Pastor, respecto a aquellas familias que deben afrontar situaciones especialmente difíciles [...]

Ahí están las familias

- De los emigrantes.
- Las familias de los presos.
- Las familias que no tienen casa.
- Las familias rotas.
- Las familias que sufren la enfermedad o la muerte de alguno de sus miembros.
- Las familias que no tienen el pan necesario.....

Habéis oído que se dijo:

Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo.

Pues yo os digo:

Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan.

¿Por qué educar a nuestros hijos en la generosidad, en la acogida, en la gratitud, en el servicio, en la paz.....? ¿Por qué?

Pues porque sólo cultivando estos valores, estas virtudes..... es posible el futuro de la humanidad.

Y estas virtudes crecen gracias a la perseverancia de aquellos que, como los padres y las madres de familia, educan a las nuevas generaciones *en hacer siempre el bien*.

El amor de Dios nos impulsa por el camino del amor.

Por eso podemos mirar más lejos y vivir una alegría mayor y una esperanza más fuerte.

El Evangelio ilumina la vida de familia.

En el hogar de Nazaret, Jesús conoció el mundo de los afectos, hizo experiencia de la acogida, la ternura, el perdón, la generosidad, la entrega.

En el hogar de Nazaret, Jesús experimentó que es mejor dar que recibir, perdonar que vengarse, darse sin escatimar la propia vida.

La familia constituye la «célula primera y vital de la sociedad» (FC 42), porque es en la familia donde aprendemos la importancia del vínculo con los demás.

En la familia nos damos cuenta de que la fuerza de los afectos no puede permanecer reducida a «mi familia», sino que está destinada al horizonte más amplio de la vida social.

La mayoría de vosotros estáis pensando que lo que estoy diciendo pertenece al mundo de la utopía, pero no tanto, porque todos conocemos familias

- Que abren las puertas de sus casas a la acogida.
- Dan techo, dan de comer a quienes la vida los privó de todo.
- Tutelan a niños que perdieron a sus padres.
- Ayudan a mantener el calor de la familia cuando la familia se ve azotada por la muerte o la enfermedad.
- Hay muchas familias que de esta manera hacen que *el mundo sea más hermoso y habitable*.

El proyecto de Dios sobre la tierra es hacer que toda la humanidad se constituya como una sola Familia.

La realidad humana de la Familia es como un anticipo de la Fraternidad Universal con la que soñamos todos los creyentes.

En el seno de la Familia nace la Vida. En el seno de la Familia aprendemos, crecemos, oramos, celebramos.....

Es a través de cada una de estas Familias al estilo de la Familia de Nazaret, es a través de la unión de todas las Familias como se va construyendo la gran Familia de los Hijos de Dios.

Mirarnos en la Sagrada Familia de Nazaret es recordar que la Familia cristiana es también un lugar donde Dios se hace presente y real.

Ahí, en Familia, tenemos que descubrir la presencia de Dios con nosotros.

San Pablo decía a los cristianos de Éfeso: “*Vosotros sois Familia de Dios*” y, ciertamente, lo somos.

Cada uno de nosotros tenemos nuestro personal "Nazaret" donde aprendemos a obedecer y crecemos en estatura, en sabiduría y en gracia..... ante Dios y ante los hombres.

Cuando nace un niño inmediatamente buscamos parecidos. Unos dicen: mira, tiene los ojos como los del padre; otros señalan su sonrisa que se parece a la sonrisa de la madre.

Los miembros de la familia, no por la sangre, sino por la fe estamos llamados a reflejar la bondad y la santidad propia de quien se sabe miembro de la gran Familia que es la Iglesia.

La gente que nos mira y observa debería poder reconocer nuestra semejanza con Jesús, no en nuestros ojos o en la nariz sino en nuestra mente y en nuestro corazón, en nuestra manera de ir por la vida y en nuestra manera de amar.

Jesús nos lo dice con una imagen bien expresiva: ***“Vosotros sois la sal de la Tierra”***

Esta imagen evangélica de la sal es extraordinariamente significativa para todos nosotros.

Los cristianos, guiados por el espíritu evangélico, estamos llamados a manifestar el rostro de Cristo con el testimonio de nuestra vida, de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor.

Los cristianos debemos tomar conciencia de que somos sal de la Tierra. Y tenemos que serlo salando, comunicando a toda la masa el intenso sabor que la sal tiene.

La sal sala con el testimonio de la palabra y de la vida.

La sal sala derritiéndose a sí misma, con el servicio, la entrega, la donación.....

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Todo lo tenían en común, nadie pasaba necesidad, todos eran bien vistos por los demás.

En la Iglesia primitiva, no existían ni catedrales, ni iglesias, ni ermitas..... donde los cristianos pudieran congregarse.

Los cristianos se reunían en una casa para celebrar la Eucaristía.

La Iglesia primitiva era, literalmente, una Iglesia - Familia.

Es una gran responsabilidad - de todos - proclamar la verdad integral de la Familia fundada en el Santo Sacramento del Matrimonio como ***Iglesia doméstica y Santuario de la Vida.***

La Familia está llamada a ser Santuario de la Vida, lugar de acogida y de amor para todos sus miembros.

Desde este Santuario de la Vida que es la Familia tenemos que luchar por la Vida.

En este Santuario de la Vida tenemos que vivenciar que somos y que vamos caminando hacia Dios.

Ojalá que hoy, aquí y ahora, hable también el Espíritu a través de cada uno de nosotros.

Que nuestros labios se abran y alaben a Dios que quiere que participemos en su acción creadora.

Le pedimos al Señor de la Vida que ningún ser humano sea privado del don precioso de la Vida.

Que el Espíritu nos impulse y nos sostenga en nuestra misión de educar en el amor verdadero y transmitir la fe.

...../.....

Hasta aquí la que podríamos llamar primera catequesis de esa trilogía que nos propone el lema del VII Encuentro Mundial de las Familias.

Familia: Trabajo y Fiesta.

Abordamos ahora la enseñanza que en la Sagrada Escritura podemos encontrar acerca del TRABAJO.

¿Qué nos dice la Biblia acerca del trabajo del hombre?

En la Biblia hay muchas referencias al trabajo bien hecho. Se elogia la habilidad y la constancia del labrador, del alfarero.....

También la Biblia nos habla de ese trabajo doloroso y con frecuencia estéril, causante de fatigas y aspiraciones nunca alcanzadas.

Imposiciones, violencia, injusticia..... hacen del trabajo no sólo un peso abrumador, sino un objeto de odio y divisiones.

Obreros privados de su salario, labradores esquilados por el impuesto, esclavos golpeados y condenados a trabajar a la fuerza.

Esta cara repugnante del trabajo la conoció Israel en la forma más inhumana en Egipto.

Pero nuestra historia es una historia de salvación.

Yahvé libera a Israel y «hace fecunda y bendice la obra de sus manos»

El que plante una viña gozará de su fruto, el que construya una casa la habitará.

Desde la perspectiva teológica, podríamos decir que Dios mismo realiza “un trabajo” en todo lo que significa la creación.

Más aún, el primer mandato al hombre es trabajar en armonía con la creación.

Es el Dios Creador quien hace copartícipe al ser humano de su obra creadora para que esta perdure por siempre.

En el Nuevo Testamento, el trabajo también tiene su valor y su importancia.

Jesús trabajó por el Reino de los cielos.

En el Nuevo Testamento, el trabajo es ensalzado por el ejemplo mismo de Jesús, obrero e hijo de obrero

Los discípulos de Jesús eran artesanos y desde sus trabajos fueron llamados para trabajar en el Reino de Dios.

Pero, también, se ha dicho antes, hay momentos en los que la Biblia no se fija tanto en la nobleza del trabajo como en la explotación del trabajador. De ahí vienen tantas denuncias de los profetas contra quienes oprimen al esclavo y explotan al pobre.

En cualquier caso es evidente que el trabajo no es ni maldición ni castigo; el trabajo es una bendición y un derecho y el trabajo así entendido nada tiene que ver con la explotación y con la esclavitud a la que tantas veces es sometido el hombre.

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen
Y Dios creó al hombre a su imagen;
lo creó a imagen de Dios,
los creó varón y mujer.
Y los bendijo diciéndoles:
«Sed fecundos, llenad la tierra.....»

El relato bíblico de los orígenes presenta la creación del hombre, varón y mujer, como obra de Dios, fruto de su trabajo. Dios crea al hombre trabajando como el alfarero que modela la arcilla.

La obra creadora de Dios es acompañada por su Palabra, es más, se realiza mediante su Palabra:

Dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza”... Y Dios creó al hombre a su imagen...

El hombre no debe sólo contemplar la creación sino que también está llamado a colaborar en la propia creación.

En efecto, para todo hombre el trabajo es una llamada a participar en la obra de Dios.

El libro de los Proverbios y el Eclesiástico, dedican algunos versos al trabajo.

Una mujer hacendosa, ¿quién la hallará?
Abre sus manos al necesitado,
y tiende sus brazos al pobre.
Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura;
la mujer que teme al Señor merece alabanza.
Cantadle por el éxito de su trabajo,
que sus obras la alaben en público.

En este relato del libro de los Proverbios, la actividad de la mujer asume un valor de importancia primordial en la vida de la familia.

El cuadro que aquí se delinea es el de la mujer ideal.....

También los hijos, junto con el marido, alaban a la madre, exaltando sus cualidades.

En sus rasgos ciertamente idealizados, este cuadro familiar se ofrece como un modelo en el que inspirarse y encontrar el estímulo que muchas veces necesitamos.

Tenemos el deber de mostrar nuestra gratitud para con toda mujer y madre.

La *insustituible contribución de la mujer* a la formación de la familia y al desarrollo de la sociedad está todavía a la espera del debido reconocimiento y de la adecuada valoración.

La familia es el contexto para la formación de muchas virtudes.

Qué importante el papel de los padres, pero fundamental el papel de la mujer, de la esposa, de la madre, de la abuela.....

Y digo esto acordándome de mi madre, mirando a mi esposa y a mis hijas..... contemplando a mis nietas.....

Fundamental el papel de la mujer.

Lo digo convencido de que ellas, las madres, las esposas, ellas son el pilar fundamental en toda familia.

Luego plantó el Señor Dios un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado.
Tomó, pues, el Señor Dios al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara.
Ganarás el pan con el sudor de tu frente,
hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado.

La primera tarea que Dios confía al hombre después de haberlo creado es *trabajar en su jardín, cultivándolo y cuidándolo*.

Juan Pablo II en su Encíclica sobre el Trabajo Humano (Laborens Exercens 14.9.1981) dice:

«El trabajo es un bien del hombre – es un bien de la humanidad – porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en cierto sentido “se hace más hombre”».

Dios no sólo planta un jardín, sino que pone al hombre a vivir en el jardín y se lo da a los hombres para que vivan en comunión entre ellos.

Desde esta óptica, el trabajo es una forma según la cual el hombre vive su relación con Dios.

El hombre debe sembrar y cultivar y esperar pacientemente la llegada de los frutos.

Una máxima india enseña que «nunca deberíamos pensar que hemos heredado la tierra de nuestros padres, sino que hemos tomado prestada la tierra de nuestros hijos».

La tarea de cuidar la tierra exige el respeto de la naturaleza, en el reconocimiento del orden deseado por su Creador.

De ese modo, el trabajo humano escapa a la tentación de arruinar la belleza del planeta y, en cambio, hace que sea, según el sueño de Dios, el jardín de la convivencia de la familia humana.

Pero existe el riesgo de que el trabajo se convierta en un ídolo y enturbie la convivencia en la familia.

Esto sucede cuando ambos cónyuges se dejan deslumbrar por el beneficio económico y basan la felicidad solamente en el bienestar material.

El riesgo de los trabajadores, en todas las épocas, es olvidarse de Dios, dejándose absorber completamente por las ocupaciones mundanas, con la convicción de que en estas se encuentra la satisfacción de todo deseo.

También es verdad que la fatiga forma parte del trabajo.

Sin embargo, la fatiga, el cansancio encuentra sentido y alivio cuando se asume no para el propio enriquecimiento egoísta, sino para compartir los recursos dentro y fuera de la familia, especialmente con los más pobres, en la lógica del destino universal de los bienes.

No obstante, con toda esta fatiga, en cierto sentido, debido a ella, el trabajo, lo repito, el trabajo es un bien del hombre y para el hombre.

Para Santo Tomás, el trabajo no es sólo un bien “útil” sino un bien que corresponde a la dignidad del hombre, un bien que expresa la dignidad y la eleva.

Pensemos en tantas familias, carentes de los medios necesarios para cubrir sus necesidades más básicas y elementales.

Pensemos también en el altísimo porcentaje de jóvenes que nunca han podido trabajar o que han perdido el trabajo y que, con razón, reclaman un trabajo digno y estable.

Tenemos la responsabilidad de que nuestros jóvenes de quienes decimos que son la esperanza del futuro..... tenemos la responsabilidad de que ellos – precisamente ellos - nunca pierdan la esperanza en el futuro.

¿El trabajo maldición o bendición?

Por supuesto que el trabajo es otra bendición de las muchas con las que el Señor nos colma a lo largo de nuestras vidas.

Pero es que además, en nosotros está hacer del trabajo una vocación.

El trabajo-vocación hace Feliz al que lo realiza y, desde esta idea, queridos hermanos, termino diciendo:

Muy necesitada está la Iglesia de obreros que quieran trabajar en la viña del Señor.

Muy necesitada está la Iglesia de gente dispuesta a construir el Reino de Dios.

...../.....

Familia, Trabajo y..... Fiesta.....

La fiesta es una necesidad vital, enraizada en el deseo de transcendencia y en la nostalgia de la eternidad.

El día festivo viene a romper la monotonía del trabajo cotidiano y permite recuperar energías y reconciliarnos con el mundo, con nosotros y con Dios.

La fiesta pone en movimiento la capacidad lúdica, contemplativa y expresiva del hombre.

Por medio de la emoción, la exuberancia, el simbolismo y otras formas de comunicación, la fiesta se convierte en un acto de alabanza y gratitud al Creador al reconocer su bondad derramada en todas las cosas.

La fiesta religiosa tenemos que verla como momento de encuentro y reencuentro, momento para la convivencia y para compartir todos lo que somos y lo que tenemos.

Pero de entre todas las fiestas que celebra el cristiano, la más grande es el domingo como día del Señor Resucitado.

Después de haber trabajado durante seis días en la creación del mundo y del hombre, el séptimo día Dios descansa.

Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre también trabaja y descansa.

El tiempo sereno del descanso y gozoso de la fiesta es asimismo el espacio para dar gracias a Dios, Creador y salvador.

Es particularmente urgente recordar que el día del Señor es también el día para descansar del trabajo cotidiano.

Así fueron terminados el cielo y la tierra,
y todos los seres que hay en ellos.
El séptimo día, Dios concluyó la obra que había hecho, y
descansó de hacer la obra que había emprendido.
Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él
descansó de hacer la obra que había creado.

Pero el hombre ha perdido el sentido de la fiesta.

Es necesario recuperar el sentido de la fiesta y, en particular, del domingo, como «tiempo para el hombre» y, es más, como «tiempo para la familia»

Volver a encontrar el corazón de la fiesta es decisivo también para humanizar el trabajo.

El séptimo día es para los cristianos el «día del Señor», porque celebra a Cristo resucitado presente y vivo en la comunidad cristiana, en la familia.....

Los cristianos de los orígenes retomaron el ritmo semanal judío, pero a partir de la resurrección, dieron una importancia fundamental al «primer día después del sábado»

Acudían al Templo con perseverancia
y con un mismo espíritu,
partían el pan por las casas
y tomaban el alimento con alegría
y sencillez de corazón.

Día de la comunión y de la misión. El día del Señor hace vivir la fiesta como tiempo para los demás.

La Iglesia que nace de la Eucaristía dominical está ***abierta a*** todos y desde esta apertura nace, crece, se construye la comunidad.

El domingo es el «***día de la caridad***». El servicio de la caridad expresa el deseo de la comunión con Dios y entre los hermanos.

La dimensión misionera de la Iglesia está en el centro de la eucaristía dominical y abre las puertas de la vida de familia al mundo.

La comunidad cristiana convocada y reunida el domingo es - por definición - comunidad misionera.

En el hermoso icono del ***Libro de los Hechos*** que hemos citado, se describe a la comunidad que, mientras celebra el culto del Señor, se ve impulsada por el Espíritu a la misión.

La comunidad, la familia es ***enviada a anunciar el Evangelio.***

La relación entre domingo y Eucaristía, entre Iglesia y misión, entre familia y servicio a los demás, nos tiene que llevar necesariamente a renovar nuestro compromiso y nuestra ***conciencia misionera.***

Los cristianos celebramos nuestra experiencia de encuentro con Dios a través de los Sacramentos.

La Eucaristía es el Sacramento que celebramos con mayor frecuencia.

Pero, en los últimos años, la participación en la Eucaristía ha disminuido considerablemente.

Parece que han cambiado mucho las cosas desde aquellos tiempos en que los cristianos estaban dispuestos a todo con tal de no faltar un domingo a la Eucaristía.

Han cambiado tanto las cosas que ya Juan Pablo II dedicó una extensa Carta Apostólica titulada *Dies Domini* a recuperar la importancia de la santificación del domingo.

Ahí, en la Carta Apostólica *Dies Domini*, Juan Pablo II, a la vista de las nuevas situaciones socioeconómicas y culturales, escribe:

Parece necesario más que nunca recuperar las motivaciones doctrinales profundas que son la base del precepto eclesial, para que todos los fieles vean muy claro el valor irrenunciable del domingo en la vida cristiana (n. 6).

Porque, advierte Juan Pablo II, cuando el Domingo pierde el significado originario y se reduce a un puro “fin de semana”, puede suceder que el hombre quede encerrado en un horizonte tan restringido que no le permite ya ver el cielo (n.4)

Cuando se pregunta a los niños que acaban de hacer la primera Comunión por las dificultades que tienen para ir a Misa el domingo, a veces responden que sus padres no les llevan.

Entonces, habría que preguntarse: ¿qué hacemos los padres cristianos para que el domingo sea lo que tiene que ser?

Es significativo el diálogo que siguió a la catequesis de primera Comunión que Benedicto XVI impartió en 2005, con motivo del Año de la Eucaristía.

Una niña le dijo: —Santidad, todos nos dicen que es importante ir a Misa el Domingo. Nosotros iríamos con mucho gusto, pero, a menudo, nuestros padres no nos acompañan porque el domingo duermen...

Tenemos que recuperar la importancia del domingo.

Pensemos en lo que ahora es el domingo para muchos.

Después de seis días de trabajo, con el agotamiento del tráfico, de las prisas, de las tensiones laborales, el domingo querríamos estar todo el tiempo tumbados en el sofá, pasando canales de televisión y terminar sin ver y sin hacer nada.

Sin embargo, casi todos esperamos ilusionados la llegada del domingo.

Y esperamos ilusionados el Domingo porque lo vemos como nuestro día, es un día especial, es nuestro día...

Y, precisamente por eso no podemos vender el domingo a las prisas, a otra dosis de estrés, al consumismo. No podemos hacer del domingo un día cualquiera de la semana.

Debemos encontrar tiempo para que el domingo sea, realmente, un día para mí, para mi familia, para Dios, para compartirlo con los demás y para el descanso.

El domingo es el día del Señor. Una verdad profunda acompaña la vida de todo creyente: venimos de Dios y vamos a Dios.

El domingo agradece el don de la existencia. El domingo agradece el amor de un Dios que nos creó y que nos permite disfrutar del sol, de la luna, de las estrellas, del mar, del viento, de la mirada y de la sonrisa de los niños.

El domingo nos hace pensar en el “mañana” que brillará cuando dejemos de ser peregrinos y lleguemos a la Casa del Padre.

El Domingo nos susurra que Dios nos ama, que somos sus hijos, que Dios es un Padre que nos espera con cariño.

Todo esto se vive de modo especial en la Misa y, muy especialmente, en la Misa vivida comunitariamente, en la Parroquia que es “mi familia”.

Todos los domingos, desde los tiempos apostólicos, la Iglesia es convocada para celebrar la Eucaristía.

Todos los domingos, los cristianos somos llamados a escuchar la palabra y compartir la mesa, recordando la Pascua del Señor.

El Concilio Vaticano II enseña que la Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana (Lumen Gentium, 11; Christus Dominus, 30).

También Juan Pablo II comenzaba su última encíclica (Ecclesia de Eucharistia) con estas significativas palabras: “La Iglesia vive de la Eucaristía”. Es decir, la Eucaristía “construye” la Iglesia; y ésta depende totalmente de la fuerza que recibe de la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Cuando Jesucristo instituyó la Eucaristía en la Última Cena, dijo a los Apóstoles: *Haced esto en memoria mía.*

Cada vez que la comunidad cristiana se reúne para celebrar la Eucaristía, anuncia la muerte y la resurrección del Señor.

¿Por qué el Domingo? Creo que ya lo he dicho antes. Su precedente es la celebración del sábado.

El shabat que celebra el pueblo judío, según el relato del Génesis, es el día en que Yahvé descansó del trabajo que había realizado.

Por eso el tercer precepto del Decálogo obliga también al descanso.

Pero quedarse sólo en el descanso-diversión olvidando el descanso-culto es quitar, es borrar, algo que Dios ha puesto en nuestra propia naturaleza.

El paso del sábado al Domingo es resumido en la Dies Domini de este modo:

Los cristianos, percibiendo la originalidad del tiempo nuevo y definitivo inaugurado por Cristo, han asumido como festivo el primer día después del sábado, porque en él tuvo lugar la Resurrección del Señor [...]. Del “sábado” se pasa al “primer día después del sábado”; del séptimo día al primer día (n. 18).

Es claro, pues, que el origen y significado del domingo tiene en su trasfondo la Pascua del Señor. Lo que celebramos el domingo es la Resurrección de Cristo.

Pero sólo entenderemos el significado del sábado, si conocemos la actitud de Jesús frente al sábado.

Jesús incumple la Ley y cura en sábado y Jesús provoca la indignación de las autoridades judías que habían hecho de la religión un conjunto de leyes, normas y preceptos..... innumerables, absurdos e imposibles de cumplir. (613 preceptos).

El pueblo judío estaba obligado al estricto cumplimiento de la religión y, naturalmente, Jesús se opone porque tantas normas y tantos preceptos limitaban por completo la libertad de la gente.

El pueblo judío había sido liberado de la esclavitud de Egipto, pero ahora estaba sometido a otra clase de esclavitud.

Escuchad esta parábola:

Muy antiguamente, las mulas arrastraban los vagones de carbón en los túneles de las minas.

Un viajero que pasaba un domingo por un pueblo minero observó que había muchas mulas pastando en el campo y, curioso, preguntó por qué razón las mulas no estaban trabajando.

"Para que no se vuelvan ciegas" le contestaron.

Si las mulas no son sacadas de los túneles negros, al menos una vez a la semana, perderían la vista.

Es por lo que cada domingo las subimos al campo para que vean la luz del día, descansen y no se vuelvan ciegas.

Desgraciadamente hay muchos hermanos nuestros que trabajan más que las mulas. Tienen que trabajar los siete días de la semana, porque no pueden, no saben o no quieren subir a la superficie y descansar.

No sé si será verdad o es algo figurado, pero dicen que en la puerta de una tienda de ese mismo pueblo minero, los domingos colgaban un cartel que decía:

"Cerrado. Hoy es domingo y este día vale más que todo el oro del mundo".

Dios que vio a su pueblo esclavizado en Egipto, quiso dar a su pueblo un día de descanso.

Un día para descansar de las fatigas del trabajo, un día para celebrar la liberación de Dios y un día para reunirse con los hermanos y formar – todos juntos - el gran pueblo de Dios.

Dios, el dueño del tiempo, sabe que necesitamos reorientar la brújula de nuestra vida para no perder el norte y no perdernos en la rutina.

Dios sabe que nos ha creado para vivir en familia y tenemos que reavivar y profundizar en las relaciones humanas.

Dios sabe que en este mundo de horas punta, de prisas, de sudores, de esclavitudes..... necesitamos repensar nuestras prioridades.

Todos los días son iguales pero no todos los días son para hacer lo mismo.

El domingo no es un día de obligación, es un día de celebración: celebrar la vida de Dios, celebrar que todos somos miembros de una misma Familia porque todos somos hijos de Dios, celebrar que todos somos hermanos.

"Jesús, un sábado, caminaba por los sembrados con sus discípulos y ellos iban desgranando espigas".

Pero el sábado o nuestro domingo, no nos debe esclavizar hasta el punto de que no hagamos lo que tenemos que hacer.

El domingo no es el día de no hacer nada. El domingo no es el día de la inactividad.

Al contrario, el domingo es el día de una actividad nueva: recrear el espíritu, orar con los hermanos, ser sal, ser luz en medio del mundo.

El domingo es el día de hacer el bien como lo hizo Jesús, curando al paralítico y a la mujer encorvada y al ciego y al leproso.....

Curar, sanar..... en todo momento.

Consolar, amar, dar vida..... siempre.....

Aunque sea sábado, porque “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”

Familia: Trabajo y Fiesta

Son temas tan amplios que para no hacer interminable esta ponencia he tenido que hacer un importante esfuerzo de síntesis y aún así esto no es más que el prólogo del Congreso Teológico y Pastoral del VII Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará en Milán, del 30 de mayo al 3 de junio.

Allí estaremos. Allí nos veremos y allí nos fundiéremos en abrazo universal con todas las familias del mundo.

Queridos amigos: Una confianza, una confesión.....

En el año 2005, el Encuentro Mundial de las Familias de Valencia, cambió radicalmente mi vida.

Ahora, en el Encuentro Mundial de las Familias de Milán, todos tenemos la oportunidad de “graduarnos” como apóstoles, como misioneros del Evangelio del Matrimonio, de la Familia y de la Vida.

Que la Sagrada Familia, icono y modelo de toda la familia humana, nos ayude a cada uno a caminar con el espíritu de Nazaret.

José Antonio García Morales, Diácono
Delegado Diocesano de Pastoral Familiar
Huelva